

LA COMPRESION INTERNACIONAL EN EL ESCENARIO UNIVERSITARIO*

VICTOR L. URQUIDI**

Por mucho tiempo se ha dado por sentado que las universidades, entre otras funciones, se han orientado hacia la comunicación e intercambio con otras universidades así como con institutos y centros de investigación y aprendizaje. Lo anterior solamente parece natural en sociedades libres en virtud de que no solamente se presupone que la ciencia misma es universal sino, además, que el científico debe mantener una alianza con la verdad y el conocimiento que esté por encima de las cuestiones de poder, intereses, prejuicios o inclusive de política.

Sin embargo, la experiencia histórica, con algunas notables excepciones, nos demuestra que muy a menudo, especialmente desde que el concepto de Estado-Nación adquirió interés nacional como una de las metas en contraposición con el concepto tradicional de Estado, las universidades se han visto sujetas a presiones que han resultado en una disminución de las comunicaciones entre ellas, particularmente a través de las fronteras nacionales. Hoy, en un mundo de superpoderes y luchas ideológicas, podría decirse que las universidades están menos abiertas al intercambio, a la investigación conjunta y a la difusión del conocimiento. Desde luego no debemos caer en la exageración pero sí reconocer que dichas barreras existen en términos de comunicación y que usualmente son impuestas por el Estado en especial en lo que se refiere a asuntos que son estimados como de seguridad nacional.

También podría argüirse que existe un conjunto de restricciones culturales y aun barreras al intercambio y la cooperación. La proliferación de las universidades en las pasadas décadas, por un lado ha reducido el ámbito de muchas universidades orientándolas más que nada a un mercado particular para los graduados o para la obtención de resultados específicos de investigación de una naturaleza más bien local o parroquial. Por otra parte, la comunicación transcultural, exceptuando la literatura y los trabajos científicos, tropieza con el lenguaje y otras dificultades. El lenguaje es ciertamente un problema por resolver dado que la comunicación involucra a las universidades en el trato con lenguas menos comunes inclusive con las llamadas exóticas. Pero otro problema es la simple falta de entendimiento de otras culturas con las que las universidades están sólidamente enlazadas y con las que la comunicación y el intercambio son no solamente deseables sino necesarios.

Todavía hace algunos años era posible el tratar de solventar algunas de esas barreras, tanto las culturales como las etnocéntricas, debido a una serie de factores favorables. Entre ellos, por ejemplo, estaba el interés manifiesto de algunos gobiernos en sostener el intercambio de estudiantes, becas postdoctorales, profesores visitantes y otras a las que las universidades algunas veces respondían, debe decirse, a veces con entusiasmo tibio o ingenuidad o en medio de programas inconsistentes de cooperación. También debe hacerse mención de la labor de la UNESCO y otras agencias multilaterales así como regionales en la promoción de este tipo de acciones, frecuentemente en términos a largo plazo. No menos significativa ha sido la actitud innovadora y el apoyo prestado por diversas fundaciones en una serie de países en relación con este tipo de esfuerzos, cuyos resultados no siempre quedaron claros o fueron precederos. Los errores en los enfoques de apreciación de estos problemas fueron gradualmente corregidos, y mucho beneficio se derivó del patrocinio externo de la universidad y de los acuerdos de intercambio cultural y científico, así como la actividad complementaria de las agencias multilaterales.

Podría entonces parecer que todos estos esfuerzos se han de colorado o desgastado y erosionado en los últimos años. Las determinantes económicas y financieras de la política gubernamental y de las fundaciones privadas han estado siempre a la delantera en muchos países. En términos simplemente presupuestales, las aportaciones económicas se han reducido en "términos reales", esto es, ajustadas para la inflación, o han sido condicionadas a ciertos objetivos centrales del gobierno escogidos expresamente para resolver metas

* Ponencia escrita en inglés, presentada en la Octava Conferencia General de la Asociación Internacional de Universidades; Los Angeles, Cal., 12-17 de agosto, 1985. (Traducción de Luis Berruecos).

** Ex-presidente de El Colegio de México.

concretas. En casos extremos, los presupuestos han sido cortados totalmente. La experiencia reciente de las agencias multilaterales, particularmente la de la UNESCO, es especialmente desafortunada a consecuencia del retiro de dos de sus países miembros, pero también en virtud del alza generalizada de los gastos de administración y de la burocratización. Las fundaciones privadas han adoptado actitudes variadas que van desde el otorgamiento de donativos a largo plazo, sin exigencias definidas en cuanto a los objetivos que se persiguen, hasta la posición de no apoyar acciones específicas que pretenden objetivos sociales no explícitos.

Las universidades de los países en desarrollo han estado siempre en desventaja en cuanto a alcanzar cooperación con las universidades de países avanzados, no solamente por la falta de conocimiento de las oportunidades existentes para tal cooperación, sino también en ocasiones como consecuencia de varios factores de tipo cultural, etnocéntrico, nacionalista y, recientemente, financiero que han obstaculizado cualquier enfoque o esfuerzo a largo plazo. Hoy día las universidades de los países menos desarrollados pasan por una severa crisis, que es parcialmente el resultado de sus altas tasas de crecimiento que impiden solventar las necesidades sociales crecientes y también como consecuencia de las restricciones financieras que afectan la mayor parte de los países del llamado Sur. En muchos países, los factores políticos han afectado negativamente el desarrollo universitario, especialmente en el área de las ciencias sociales pero aún en el terreno de las ciencias naturales y las humanidades.

Las universidades se hallan sumidas en el remolino de la inestabilidad y el conflicto que caracteriza a muchas sociedades actuales. Algunas de ellas, inclusive, no logran sobrevivir o son reducidas a simples esqueletos; otras, tratan de reafirmar sus valores con éxito limitado y muchas están sujetas a la fuga de cerebros o son reducidas a una relativa mediocridad. (Cuando se hace este tipo de comentarios, hay que hacer la advertencia de que hay excepciones notables.)

Un reciente revés de los últimos años puede atribuirse a la inflación y a la deuda externa, así como a los ajustes en los programas que muchos países se han visto forzados a realizar, con el fin de reducir el gasto público con la esperanza de también reducir la inflación. La reducción del gasto universitario y de programas en términos reales no es desconocida; en muchos casos, inclusive, ha sido ostentosamente anunciada por los gobiernos aun en los países avanzados.

Contra este panorama, resulta un verdadero reto para las universidades, tanto de los países industrializados y avanzados como de los que están en vías de desarrollo, el tratar de mantener y si es posible reforzar la cooperación entre ellas. Es un reto, primero, porque en el sentido de las barreras tradicionales a las que ya se hizo mención, hay que tratar de removerlas y, en segundo lugar, porque cualquier esfuerzo para ampliar la cooperación cuesta sumas de dinero que no pueden afrontar ya ni las propias universidades ni el gobierno, por medio de subvenciones o contratos, ni las agencias multilaterales con donaciones o subvenciones, ni las fundaciones u organizaciones similares ni tampoco las fuentes privadas. Las universidades y los institutos relacionados con ellas en los países desarrollados han sido golpeados severamente por las circunstancias económicas y financieras de los últimos años. Recientemente se ha vuelto prohibitivo para las universidades la compra de libros destinados a sus bibliotecas o aun de suscripciones de revistas de circulación importante. Los viajes a seminarios o congresos internacionales igualmente se han reducido y tampoco es fácil conseguir fondos para cumplir con acuerdos de intercambio de becas para el extranjero -mismas que se han vuelto sumamente selectivas-, pago de honorarios o regalías, costos de estancia en el extranjero o mantenimiento de cuerpos de investigación o educación que requieren de moneda extranjera que se ha vuelto cada vez más una mercancía escasa. Bajo estas circunstancias, una pérdida real se ha dado en cuanto al mantenimiento de ese contacto con las universidades extranjeras, que implicaba ventajas mutuas de intercambio de conocimientos, así como un mejoramiento del entendimiento internacional que, en este momento de la historia, es de alta prioridad.

Lo anterior se aplica igualmente a los esfuerzos por incrementar la cooperación en materia de investigación, entre las universidades de los países desarrollados y los que están en vías de industrializarse. Dichas gestiones cooperativas nunca han sido fáciles de implementar y formular. Muy a menudo la universidad "extranjera" -desde el punto de vista del país desarrollado- que cuenta con escasos recursos financieros para desarrollar, con la mejor de las intenciones, proyectos de investigación conjuntos, busca la coparticipación de centros de investigación y enseñanza de países desarrollados, con el objeto de colaborar en proyectos ya concebidos

por las mentes de los científicos de las universidades extranjeras y que usualmente se expresa en contratos o acuerdos y convenios de cooperación conjunta. Desafortunadamente, muchas universidades y centros de investigación de países desarrollados firman dichos convenios de colaboración de manera poco crítica, y si no se cuenta con los recursos humanos para llevar a cabo los proyectos, usualmente se incluye dicho punto en los convenios. Independientemente de las frecuentes fallas en los productos terminados del convenio, resultan otro tipo de circunstancias francamente enajenantes. Debería de existir el espíritu en las universidades de países en vías de desarrollo, de participar más ampliamente en las primeras etapas de definición y formulación de convenios de participación cooperativa con una amplia apreciación de los objetivos involucrados, los componentes relacionados con los recursos humanos y el eventual resultado del proyecto. Desde luego que lo anterior resulta difícil, debido a las barreras de tipo cultural y otras ya mencionadas. Muchas experiencias señalan, desafortunadamente, que la raíz del problema subyace en la falta de experiencia, la sumisión, un idealismo mal guiado o inclusive la ambición y mucho puede aprenderse de estas malas experiencias. Hoy en día, sin embargo, las universidades de los países desarrollados están frecuentemente incapacitadas para proveer la contrapartida presupuestal necesaria para la investigación de manera conjunta. Así, tanto la innovación como la propia investigación son pospuestas y las universidades, ya débiles de por sí, continúan su camino hacia el empobrecimiento.

En un mundo de crecientes comunicaciones en el sentido formal y técnico, existe el peligro de que la comunicación, tanto en su sentido real como sustantivo, a través de diversas culturas, entre países ricos y pobres, esté declinando o por decaer. Querámoslo o no, en los países en vías de desarrollo el conocimiento está siendo producido a una tasa más lenta que la de los países desarrollados, por lo cual no puede hablarse de un balance en la producción de conocimientos entre las universidades y centros de investigación de ambos tipos de universidades. Al mencionar el aspecto de la comunicación, se nos vienen a la mente los modernos métodos de la telemática, las redes de computadoras, los bancos de datos, los servicios de búsqueda bibliográfica, los satélites. Ciertamente han contribuido todos ellos a una mejor y más rápida comunicación y mayor eficiencia pero, cabría preguntarse, ¿y el costo? ¿Pueden los países en vías de desarrollo cubrir los gastos de equipo, mantenimiento pagadero en moneda extranjera, el costo del conjunto de rutinas (software) y otros? En tiempo de escasez de divisas extranjeras, estas preguntas parecerían más que triviales en las universidades y centros de investigación ávidos de recursos y en medio de escenarios de pobreza y problemas económicos.

No está de más preguntarse entonces qué tan saludable sería incrementar las partidas económicas o sacrificar la cooperación interuniversitaria. La respuesta a lo anterior podría darse en el contexto de los hechos: recomendamos enfáticamente más confianza de las universidades del mundo desarrollado. Hasta el momento, dicha confianza que es a todas luces recomendable, ha caminado muy lentamente; es más, con los pies atados y quizá un brazo inmovilizado o usando anteojeras, con los ojos vendados, preguntándose a dónde ir y sin posibilidades de alcanzar a los que continúan atrás en el camino.

Lo anterior tiene graves consecuencias para el entendimiento internacional para decir lo menos. La confianza debe ser entonces la piedra de toque para el desarrollo, pero no la última meta en sí misma. Las universidades de los países en vías de desarrollo, no menos que las economías nacionales de sus países de origen, no pueden ni deben desligarse del norte sino todo lo contrario, deben interactuar cada vez más con las fuentes de conocimiento del Norte. La misma lógica se aplicaría en todo caso a la cooperación entre universidades del Sur con una óptica de Sur-Sur, lo cual implica recursos y, en muchos países, los gobiernos del Sur no dan prioridad al reforzamiento de la calidad de los sistemas universitarios ni al apoyo para la investigación ni mucho menos para financiar cooperación intra-Sur. Debe darse más atención a estos objetivos aun cuando se encuentren en el centro mismo de condiciones lastimeras.

Las reuniones de carácter internacional son frecuentemente propensas a la elaboración de recomendaciones piadosas que, ciertamente, deben hacerse y deben diseminarse, pero el punto central radica en el hecho de saber discurrir recomendaciones que se sigan a fondo. La Asociación Internacional de Universidades bien podría tomar en consideración estos asuntos a través de la formación de un equipo de trabajo, con el objeto de proponer a las universidades miembros, a las agencias internacionales y a los gobiernos, un plan a mediano y largo plazo para provocar el intercambio y la cooperación, en la medida de lo posible respecto a

la investigación y en el contexto de las circunstancias actuales y las predecibles, y tomando en cuenta todos los esfuerzos que en esta dirección se han realizado y se planean realizar. Una falla en el entendimiento del predicamento de las universidades y centros de investigación del mundo en vías de desarrollo, puede resultar en una era oscura en el desarrollo del conocimiento mundial y en la aplicación de dicho conocimiento en la resolución -en términos del lenguaje utilizado por el Capítulo Universitario de las Naciones Unidas- de los problemas que oprimen a la humanidad. Desde luego que no hay soluciones instantáneas, pero solamente queda entonces la esperanza de un autoesfuerzo en la construcción gradual y persistente de la interacción que resulte en beneficios esperados. La moderna telemática no es necesariamente un gasto que no debe realizarse, sino solamente una ayuda en el proceso de construcción que puede ahorrar tiempo, pero más allá de las “técnicas”, debemos tener una clara idea de los objetivos y la substancia.